

sea ó deba ser taurófila por tradición. Dejando fuera de cuadro al grupo indígena, como debe dejarse, por ser tan ajeno á la cuestión, el análisis anterior nos conduce á considerar á nuestra República como formada principalmente por los mestizos, que constituyen el núcleo más numeroso de nuestro pueblo. Este hecho ha sido ya investigado y demostrado por plumas autorizadas, y se encuentra perfectamente dilucidado en «México á través de los Siglos.» La raza intermedia de que se trata, fruto de la mezcla de la española y la azteca, ha dado origen á un pueblo aparte, de índole, tendencias é ideales propios, resultado viviente y autónomo de los dos factores que le han dado vida. La combinación de esas razas se ha efectuado en nuestro suelo por la unión, principalmente, de españoles con mujeres indias, pues han sido en todo tiempo muy escasas, las españolas establecidas en nuestro país. Ahora bien, conocida es para cuantos han saludado la historia antigua de México, la infinita dulzura de las mujeres aztecas, quienes, tanto por eso, como por su recato y moralidad, pueden ser comparadas sin mengua alguna con las más valiosas y angelicales de todos los pueblos. De ahí ha dimanado, sin duda, que el temperamento del pueblo mexicano haya resultado notoriamente suavizado por el cruzamiento. El clima, por otra parte, ha contribuido también al efecto, pues es un hecho comprobado, que los mismos criollos ó hijos de pura sangre española, resultan en México menos ásperos y severos que sus padres. Así puede afirmarse que la índole general del pueblo mexicano es menos dura que la del español, y, por lo mismo, menos inclinada á los espectáculos crueles.

Los indígenas que pueblan nuestro suelo, no tienen motivo para ser partidarios del toreo, espectáculo enteramente ajeno á sus tradiciones é historia. Sabido es que la raza vobina no existió en el Anáhuac antes de la Conquista, y que fué transportada por los españoles á estas comarcas. Esta sola consideración basta para demostrar que las tradiciones de la familia indígena la apartan por completo de esa inclinación, y cuanto tiene el toreo de artificial y exótico en nuestro suelo.

Por lo que hace á los mestizos, podrán tener alguna afición á las corridas, inducidos por el ejemplo de sus padres; pero bastante atenuada por el influjo del clima y de la sangre materna. Los hechos comprueban esta verdad, porque aunque hay buen golpe de gente que concurre á los toros, no se advierte, aparte de ese, ningún otro síntoma, que pruebe nuestra índole tauromáquica. Es singular, nunca nos cansaremos de repetirlo, y digno de llamar la atención, que no haya habido nunca cuadrillas de toreros mexicanos dignos de mención; lo que revela á las claras que nuestro pueblo no está organizado para ese ejercicio. Aunque no hubiera más discrepancia que esta entre el pueblo español y el mexicano, bastaría por sí sola para marcar á este respecto la diferencia existente entre una y otra raza, y para probar que no es la española la que predomina en nuestro territorio, sino otra intermedia, bastante modificada, y con aspiraciones, aptitudes y caracteres nuevos é independientes.

Puestas en claro tales circunstancias, se desvanecen como gotas de rocío calentadas por el sol, las argumentaciones en favor del toreo que

se fundan y apoyan en la pretendida herencia de raza.

Mas para que no se crea que rehuimos la cuestión por temor de abordarla, vamos á suponer por un momento que el pueblo mexicano sea español de raza pura. Ni aun en este caso, decimos, habría motivo para mantener vivo entre nosotros el toreo, porque tales antecedentes á nada nos comprometerian, ni obraríamos bien si á ellos ajustásemos nuestra conducta. Lo que debe examinarse, siempre que se apele á la autoridad de los precedentes, es si la tradición ó el ejemplo que se invocan son buenos ó malos, á fin de seguirlos é imitarlos en el primer caso, y declinarlos y abandonarlos en el segundo. De no hacerlo así, llegaríamos por ese camino á los mayores absurdos. Pues de la misma manera que dijésemos: «debemos ser partidarios del toreo y practicarlo, porque descendemos de los españoles;» podríamos decir: «debemos embriagarnos, ó jugar, ó robar, ó matar,» si nuestros padres hubiesen sido dados á tales desmanes. En nuestro país, sin ir más lejos, deberíamos ser canibales, porque los aztecas lo fueron.

No, la tradición no obliga, ni puede obligar á hacer lo indebido; ni puede tampoco servir de disculpa á las malas acciones, el haber sido ejecutadas por padres ó abuelos. Antes, por el contrario, es deber ineludible de las agrupaciones humanas, el caminar á un mejoramiento continuo, el ir seleccionando sus métodos y sus cosas entre lo mejor que se les va presentando, y el extirpar en lo posible con la conducta de las generaciones nuevas, las manchas y los lunares de las que las han precedido. Sólo así se consigue el progreso, que es la ley divina de la historia.

¿Por qué hemos de vivir condenados á llevar á costas el sambenito de los toros, sólo por ser de origen español? ¿No hemos dado el grito de Dolores? ¿No conquistamos nuestra independencia á costa de once años de lucha? Pues si nos hemos emancipado de la antigua metrópoli en lo político, no hay motivo para que continuemos uncidos á ella, en sus vicios y defectos. Imitemos á los españoles en lo que tienen de bueno: en su patriotismo, en su energía, en su ardiente amor al arte y á la belleza; no en sus defectos, máculas y deficiencias. No parodiemos á los malos poetas, que, no pudiendo igualar á Byron en la inspiración, le imitan en la borrachera.

8º La mayor parte de los taurófilos aducen como única razón de su concurrencia á las corridas, el placer que les causa el espectáculo, y se niegan á entrar en razón ó discusión á ese propósito. No seremos nosotros quienes pongan óbices á la inclinación de tales personas, pues por algo se dice que sobre gustos no hay nada escrito; y somos, además, los primeros en comprender que serian inútiles nuestros pobres esfuerzos para apartarlos de esa tendencia. Nos atrevemos, no obstante, á observar á este respecto, que las aficiones personales carecen de enlace con los principios, y, por lo mismo, de peso en toda discusión. ¿Queda por ventura justificada en este mundo cualquier cosa que sea, sólo porque nos place? ¿O demostrado que sea mala sólo porque nos disguste? De ninguna manera. Hasta las mejores y casi divinas, como la música, tienen enemigos. ¿No se atribuye á Napoleón (aunque calumniosamente en nuestro sentir), haber dicho que la música era el menos desagradable de los ruidos? Hay, en cambio, buen nú-

mero de cosas ingratas que tienen entusiastas aficionados, como el juego, la borrachera y la morfina.

Puédese afirmar, por lo tanto, que esta simple expresión *«me gusta esto ó aquello»*, cuando no va adninculada con un razonamiento serio y juicio que la fundamente, carece de importancia desde el punto de vista de la razón. Así, los aficionados al toreo que no aducen en favor de éste más defensa que su gusto, no le justifican ni legitiman, y aun puede decirse que dan su voto en blanco. *Hoc volo, sic jubeo; sit pro ratione voluntas*, es una frase lógica en la boca de la mujer frívola y caprichosa de Juvenal; pero no en la de un pensador, un sociólogo y un patriota.

Una observación. Mirar las cuestiones generales al través del reducido prisma de las impresiones personales, no puede ser filosófico ni moral; tal sistema se reduce, en puridad, á un descarnado egoísmo. Aquello que atañe el conjunto, debe ser considerado desde el punto de vista de los intereses comunes, aun con sacrificio de los propios; pues es hombre pensador, justo y civilizado sólo aquel que alcanza á reflejar en sí la vida de relación humana, abarca con la mirada horizontes extensos y es guiado en su conducta por los sentimientos de una noble solidaridad.

La apoteosis de la brutalidad

Si es una triste necesidad privar de la vida á los animales para alimentarnos con sus restos, cubrirnos con sus pieles, ó extraer de su organismo sustancias preciosas para la industria y el comercio, debemos al menos hacer uso del derecho que sobre ellos nos ha dado la naturaleza, de un modo congruente con nuestro modo de ser inteligente y afectivo. Sacrifiquemos seres vivientes, si es necesario, pero sin refinamientos ni crueldad, sin complacencias ni alegría, porque eso no está á la altura de nuestras excelencias psíquicas. Degollar al buey ó al cordero, cojer en el auzuelo al pez y cazar aves delicadas y de plumaje espléndido, es doloroso y hasta cierto punto humillante para nuestras aspiraciones idealistas; pero consuela al menos considerar que todo ello lo hacemos por necesidad imperiosa, y no por el único y perverso placer de causar daño. Pero las lidias de toros no tienen ese carácter, pues no llevan por objeto satisfacer exigencias de la vida, de la ciencia ó de la industria, sino simplemente el de gozar con el espectáculo de los sufrimientos y de la muerte.

Se cría á los toros para embravecerlas, en montes ó dehesas, fuera de la vista y del conocimiento del hombre; y cuando ya se les ha formado el humor irritable, se les trasporta á la ciudad para inmolarlos entre burlas, músicas y martirios, á los ojos de una muchedumbre frenética,

que acude al lugar exprofeso y paga crecidas sumas de dinero por presenciar la barbarie. Como si la vida á que se había sujetado á la bestia y los hábitos artificiales que se le habían infundido, no fuesen suficientes para convertirla en feroz y terrible, todavía se le excita momentos antes de sacarla á la plaza pública; y cuando sale al redondel, lleva ya clavada en la frente la *divisa* que la pincha y le incomoda. A la puerta del toril la aguarda el picador para desgarrarle el lomo con la tremenda garrocha; los capeadores la atraen, engañan y obligan á correr y girar sobre sí misma, hasta desvanecerla y enloquecerla; vienen luego los banderilleros y le clavan en el cuello y en el lomo dolorosas y tenaces figas cargadas de palos y papeles, que le azotan los lomos y los ojos en los desordenados esfuerzos de la lucha, y laceran y perforan sus carnes con cada movimiento. Y al final de todo, cuando la fiera ha llegado al paroxismo de la rabia, acude el estoque á privarla de vida y de venganza, aunque no siempre con bastante habilidad para acabar pronto su obra. Y si por acaso queda algún soplo vital en la moribunda y desangrada bestia, preséntase el puntillero á herirla en el testuz para rematarla.

Pero no es eso todo. Para completar el cuadro, hay que añadir á lo dicho, el destrozo y la muerte de los caballos y la cogida eventual de los toreros. Y cuenta que los toros son tenidos por mejores y más divertidos cuanto más bravos y tremendos se muestran, cuanto más se irritan con los martirios que sufren, cuanto más ponen en peligro la vida de los lidiadores, y cuanta mayor riza y estrago hacen en las caballerías de los picadores.

En resumen, que el objeto final del espectáculo es el de gozar con el martirio y la muerte de los toros, el martirio y la muerte de los caballos, y, cuando menos, el peligro mortal de los toreros. Hé aquí por qué es desmoralizadora la fiesta, porque falsea y desnaturaliza los sentimientos, y degrada y pervierte á los hombres.

Veamos, si no, lo que pasa en las corridas. La índole de los espectadores, por mansa y dulce que sea, cambia como por ensalmo durante la enloquecedora y brutal diversión. Un deseo feroz de heridas, sangre y muerte se despierta en los ánimos; mientras mayores son los destrozos que hace el cornúpeta entre los flacos, vendados é indefensos caballos, mayor es el entusiasmo que palpita en la atmósfera; y al paso que los toreros se exponen más á ser destrozados por la fiera, quedan más alegres y satisfechos los circunstantes. Entonces es cuando resuenan los aplausos por todo el redondel, y hay músicas y dianas para los lidiadores, y tabacos y dinero para los más hábiles y valientes individuos de la cuadrilla; pero cuando el toro no embiste por instinto ó cobardía, cuando los caballos precavidos no se acercan demasiado á la fiera ó huyen de ella con presteza, estalla la indignación por todas partes, resuenan furibundos silbidos y se elevan coros de ofensas é imprecaciones. ¡Es que el instinto salvaje de los circunstantes ha salido burlado!

Las plazas de toros forman un doloroso paréntesis á la civilización. La crueldad es el sentimiento dominante en ellas; su atmósfera despierta los instintos feroces dormidos en el fondo de nuestra naturaleza. Los dilettanti del toreo gritan, insultan; rabian por ver peligro, sangre

y muerte; y la rudeza, la ordinariez y la grosería de las más bajas heces sociales, salen á flote en aquel lugar y se imponen á todo el concurso. Los caballeros más pulcros y cumplidos, cuyo trato suave y cortés forma el encanto de los salones, aparecen allí transformados y degradados: echado atrás el sombrero, revuelta la cabellera, apoplético el rostro, febriles los ojos, manoteando con furia, gesticulando, apostrofando á los lidiadores para que vuelen al peligro y á la muerte; y silbándolos, insultándolos y escarneciéndolos cuando son indóciles á sus indicaciones y exigencias salvajes. Aquello no es una diversión; es un manicomio sublevado, un banquete de canibales, un infierno iracundo y clamoroso.

El populacho entretanto, guiado por la *alta goma* social, suelta el freno á sus peores instintos. Aullidos, interjecciones, insolencias, todo el vocabulario de la bajeza y toda la gama del salvajismo estallan por los tendidos, hasta que aquellas gargantas de lobos enronquecen y quedan áfonas á fuerza de vociferar y maldecir.

En medio de tales escenas, es chocante y doloroso hallar entre el gentío, niños y mujeres. Son ángeles los niños, cuya conciencia aun no se empaña con emociones duras y malignas. Se les ha predicado en el hogar la dulzura, la bondad, el amor al prójimo; se ha procurado cultivar sus sentimientos generosos para estirpar de su corazón todo instinto inhumano; se ha luchado por inculcarles la caridad y la compasión para los sufrimientos ajenos; se les ha enseñado que los mismos animales merecen ser tratados con blandura y consideración. Y de pronto, se encuentran ante un espectáculo en que fra-

casan y son contradichas todas esas reglas, ante hombres que martirizan á los brutos por complacer á un público despiadado, que aplaude sus crueldades, y ante una muchedumbre enloquecida por el furor, ávida de emociones malsanas, y sedienta de ver tormentos, aspirar sangre humeante y presenciar escenas de exterminio. Aquella lección de cosas, terrible y punzante, produce en el corazón de la infancia un efecto mayor y mil veces más profundo que el de todas las enseñanzas verbales, incoloras é insípidas, que los padres, hermanos ó tutores les han dado bajo el techo común; y aun sin razonar ni entrar en discusión con sus superiores, sienten los niños por instinto, que los principios teóricos que se les han predicado, no son tan ciertos ni inflexibles como se pretende, cuando dan lugar á aquellas treguas espantosas de inhumanidad y de furor. Así es como son agostados en flor los sentimientos formados al abrigo de la educación y de la familia.

El bello sexo está visiblemente fuera de su sitio en aquellos lugares, y hace una triste figura en medio de tan feroz escenario. La mujer, nacida para la piedad y la dulzura, venida al mundo á enjugar lágrimas y endulzar dolores, reniega ahí de su misión, al autorizar con su presencia tanto sufrimiento, tanta crueldad y tanto estrago. Confundida con la multitud de los espectadores, cuya inteligencia y cuyo juicio desquiciados no conocen ya freno ni compostura, no puede reclamar para sí consideración ni miramiento, y tiene que soportar el espectáculo de la barbarie y de la violencia, sin derecho para quejarse de cuanto mira y oye, porque ha ido á introducirse á sabiendas, á sitio impropio, y á

demostrar con su sola presencia, que no conoce su misión, ni tiene en la estima debida la clase selecta y angelical á que pertenece.

El mal tiende así á generalizarse, pasando de los hombres adultos á los niños y á las mujeres, y difundiendo por todas partes el contagio de la ferocidad y de la decadencia.

De ese hervidero de pasiones violentas, nacen el motín y el desorden: es el punto más alto de aquel climax de exaltación y frenesí. Que la corrida no satisfaga por cualquier motivo los deseos ó el capricho del público (bien porque sean malos los toros ó porque el juez del espectáculo *carezca de conocimientos*.) ya tenemos á la muchedumbre furiosa é indignada, arrojando al redondel botellas, sombreros, palos, cojines y sillas, arrancando las puertas de los palcos y lanzándolas al redondel, gradería abajo, sin consideración á la gente que puebla los tendidos, y á salga lo que salga. El populacho furioso se apodera de aquellos despojos, los amontona en medio del redondel y les prende fuego, ávido de desahogar la infernal sugestión producida por el toreo, y de saciar sus instintos de destrucción, con las rojas llamas que se elevan de la pira y con el humo negro y sofocante que todo lo envuelve. Reina entonces el azoro por todos los ámbitos de la plaza, y flota en la atmósfera un viento de barbarie primitiva, digno de los tiempos del mastodonte y del oso de las cavernas. Los rostros palidecen y se contraen como en el manicomio y en las encrucijadas, como bajo el soplo de la locura ó del crimen. Hay deseo general, potente, invencible, de insultar, dañar, destruir, y, sobre todo, de reñir y de matar. Una palabra cualquiera enciende los ánimos; todos

son valientes y baladrones cuando *se echa abajo la plaza*; salen á relucir navajas y pistolas; y todo se vuelve insultos, gritos, tumulto, pendenias, provocaciones á la policía, golpes, contusiones, disparos y heridas. ¡Qué escuela aquella de orden, moralidad y compostura para todos! ¡Qué espuela tan punzante para los instintos feroces del populacho! Allí se aprenden la grosería, el desprecio á la autoridad, el ultraje á los funcionarios públicos, la rebeldía y el motín; y como la enseñanza se repite periódicamente, prende bien la semilla, y prepara buena cosecha de delitos por calles, plazas y encrucijadas.

¿Qué tiene de extraño, después de eso, que aquella multitud excitada por el espectáculo, salga enloquecida y furiosa á reñir por el pretexto más fútil, á despreciar á los agentes del orden y á tratar brutalmente en el hogar á mujeres y niños? ¡Quién puede calcular el número de crímenes ó crueldades que se cometen á consecuencia de la enérgica preparación para el mal y para la violencia, que recibe el pueblo en los toros!

IV.

Los intereses económicos.

Desde el punto de vista de estos intereses, es desastroso, asimismo, el sistema tauromáquico. La clase torera, que por fortuna no existe todavía en nuestro país, pero que podrá criarse artificialmente si continúa nuestra tolerancia pa-